

¡Muera Montt Vivo!...

Por ENRIQUE BUNSTER

Para estudiar la idiosincrasia política de Chile nada más a propósito que detenerse en el decenio prevaleciente de don Manuel Montt. Verdad que se pasa un rato amargo, pero éste es el capítulo que hay que leer si se desea profundizar en la cuestión vital: ¿cómo hay que gobernar para satisfacer a los chilenos?

De paso es sorprendente, porque a cada vuelta de hoja hallamos la comprobación de como es cierto que la historia se repite. Que todo vuelve a suceder y nada se ha aprendido entretanto.

Partamos del hecho de que Montt ganó la Presidencia en una elección muy correcta para su tiempo. Punto segundo: obtuvo una victoria concluyente: 132 electores contra 30. Otro privilegio a su favor era el primer civil que llegaba al Poder, ocupado hasta ese día por militares de buena voluntad que gobernaron improvisándose.

El Presidente Montt, de cuarenta y dos años (nacido el 4 de septiembre de 1809), tenía a su haber por añadidura, una carrera asombrosa. Hijo de una familia de Petorca, se abrió camino solo, sin padrinos, desde niño. A los 18 años era inspector del Instituto Nacional, a los 20, amanuense de Portales; a los 22, abogado; a los 25, diputado por Vallemar; a los 26, rector del Instituto; a los 30, Presidente de la Cámara de Diputados y luego Ministro de Justicia e Instrucción pública de Valparaíso. Desde este cargo había creado la primera Escuela Normal de América del Sur, y en seguida la primera Escuela de Artes y Oficios.

La ultraderecha no lo quería, pero apoyó su candidatura por temor a pipiolo y extremistas. Era pequeño y de figura delgada, temperamento frío y modales anodinos. No distinguía entre humildes y poderosos, tampoco entre amigos y desconocidos cuando se trataba de llenar un vacante o nombrar un alto funcionario. Su rectitud era absoluta y su franqueza, implacable. Amaba la justicia y la ley como Portales, y trabajaba y estudiaba como Varas. Recordándolo, el argentino Sumichrath declaró que había sido "el único hombre de gobierno que haya fundado un estado en América".

Pues bien, de este ciudadano insigne decía el diario de la Sociedad de la Igualdad poco antes de su elección: "Montt es un trano conocido, bajo, cruel, sin religión y sin otra patria que el quejido de los que hace sufrir. Es el enemigo declarado del pobre".

Los igualitarios eran los extremistas de la época y tenían por líder de ataque a Francisco Bilbao, un revolucionario elegante y perfumado que combatió en las barricadas de París. Pero en la oposición se colocaron también liberales y conservadores tradicionalistas, y la consigna a La Moneda. La Montt se desahó antes de que éste llegara a La Moneda. La bandera de guerra era la reforma electoral, y en su nombre trataban de imponer por la fuerza al general de la Cruz, el candidato presidencial que obtuvo 29 votos. Hombre sin ideas y sin programa, encarnaba el ideal del gobernante criollo y lo apoyaban hasta los extremistas, sin importarle que fuese un potente agricultor del Sur. El 20 de abril de 1851 estalló el motín liberal—pipiolo—igualitario—militar, y Bilbao levantó barricadas para el asalto de la fortaleza del Santa Lucía. A falta de mejores parapetos se apoderó de un cargamento de sacos de nueces y ahí jugó a la Revolución.



Quillota en 1835 (acuarela de Pallières). Por este

Montt oía la misa dominical en la capilla de palacio, había introducido un ceremonial que fue descrito al aut del artículo por su abuela, doña Irene Herrera de Varas y su tía doña Ro a Varas de Valdés. Cada semana Su Excelencia hacía distribuir tarjetas de invitación, de las cuales debía acusarse recibo y servían de billete para entrar a la casa presidencial. Don Manuel aparecía a las 9.55 y era anunciado por el clarín de la guardia, formado en el costado oriente del patio. Iba vestido de etiqueta, premunido de su bastón de carcy con puño de oro y borlas tricolores. Llevaba del brazo a su joven esposa y le seguían los Ministros y diplomáticos. Los caballe de frac, las damas de mantilla y los militares

¡Viva Montt Muerto!

calle pasa ahora el ferrocarril Santiago—Valparaíso, obra de ingeniería de suprema audacia para su tiempo, mandada construir por el Gobierno de Montt.

La construcción del palacio del Congreso. Reorganizó los hospitales, el Manicomio y la Casa de Huérfanos, confiando su financiamiento a millonarios filántropos y entregando su cuidado directo a las Hermanas de la Caridad y las Hermanas de la Providencia, que para este efecto hizo venir a Chile. Inauguró el Teatro Municipal. Inauguró el primer observatorio astronómico. Recibió del sabio Pisais la primera carta geográfica científica del territorio. Construyó el nuevo muelle y los nuevos almacenes de la Aduana de Valparaíso. Fundó la Caja de Ahorros de Empleados Públicos. Fundó la Escuela de Agronomía. Subvencionó fábricas de azúcar, tejidos y lana y convirtió la Quinta Normal en campo de

gobernado el país nada más que ineptos, traficantes, traidores a la patria y tiranos.

Callaron el hecho de que al cabo de quince motines y revoluciones ningún ciudadano fue ejecutado ni privado de sus bienes. Pasaron por alto que nunca dejó de existir la más completa libertad de prensa. El diario *La Actualidad*, en que escribían Barros Arana y Laetarría, impunemente llamaba a Montt: "déspota sanguinario, rodeado de bajos logreros y aduladores ruines cuyo único programa es explotar los provechos del Gobierno y saquear la fortuna pública". Ni una palabra tampoco sobre la prosperidad alcanzada en esos años; pero cuando sobrevino la crisis

ban frente al altar y le conducían hasta los sillones con reclinatorio; uno de ellos tomaba el cojete y el bastón del Mandatario y el otro extendía a sus pies una alfombra de felpa. La pareja presidencial seguía el Santo Sacrificio de rodillas desde el Canon hasta la última oración, lo que obligaba a la concurrencia a observar igual actitud. En lugar preferente ubicábase el general Bulnes, ocupando un sillón especial (seguramente hecho a la medida de sus enormes posaderas). Cerca del altar se situaban las esposas de los diplomáticos, de los miembros del gabinete y de los ministros de las Cortes; en seguida las señoras de senadores y diputados; el centro lo ocupaban la familia y las amistades personales del Presidente, y en último término los invitados comunes y funcionarios de rango subalterno. Un asistente asiduo era el almirante Blanco Encalada, cuya sordera no le impedía brillar en la tertulia que seguía a la misa y luego en el almuerzo que Montt ofrecía a sus íntimos. Comían al son de la banda militar, cuyo programa, escogido por don Rosario Montt de Montt, incluía trozos de Verdi y Rossini para satisfacer el gusto lírico de Varas. En la mesa o en el salón, don Antonio "era capaz de abordar todos los temas con rara profundidad, vehemencia y amenidad, haciendo que se olvidaran sus modales bruscos y su acento provinciano". Era en esto la antítesis del Presidente, "cuya seriedad, imperturbable gravedad y manera de razonar lógica y positiva, sin ninguna desviación sentimental o imaginativa, contrastaba a sus interlocutores, que ante su réplica irrefragable se sentían como colegiales cogidos en falta".

Después de haber declarado que prefería morir a participar en una guerra civil, el general De la Cruz se puso a la cabeza de las fuerzas conservadoras tradicionalistas de Concepción y tomó el camino de Santiago. Montt, ya instalado en la Presidencia, ordenó a Bulnes salir al encuentro del peluquero sublevado. Consecuencia: la batalla del Loncomilla, donde hallaron la muerte dos mil chilenos.

Derrotado De la Cruz, los alzamientos cundieron por todas partes. En Punta Arenas el teniente Cambiaso fusiló al gobernador y al párroco, asaltó dos buques extranjeros, gobernó la iglesia e incendió el presidio. En Ovalle el pipilero José Miguel Carrera Fontecilla organizó una división bajo el novedoso lema de **Libertad, Igualdad, Fraternidad**; enfrentó en Petorca a fuerzas gobiernistas y fue vencido dejando un reguero de muertos. En Illapel el joven Benjamin Vicuña Mackenna levantó una montonera olvidando las municiones, y al primer disparo del enemigo arrancó a esconderse. Fortificado Carrera en La Serena, el Gobierno ordenó el sitio y bombardeo de la ciudad; y a la destrucción y los incendios se sumó el saqueo por la soldadesca derrotada. En San Felipe, en Copiapó, en Valparaíso..., etc.

Así comenzó don Manuel Montt a gobernar. Ajeno a toda idea de venganza, se desentendió de De la Cruz y Carrera, a los dejó escapar a Bilbao y mantuvo en sus puestos a los funcionarios desafectos. Inauguró en Valparaíso la primera línea telegráfica de América del Sur. Reorganizó los Ministerios y las Intendencias. Decretó la fundación de Puerto Montt para impulsar la colonización alemana. Legalizó la Sociedad de los Tipógrafos, primera corporación gremial de Chile. Confió al sabio R. A. Philippi la primera expedición científica al desierto de Atacama. Promulgó la ley de **compartimientos**, que permitía a los vecinos intervenir en ellas como partes componentes. Reorganizó el servicio de Correos y rebajó sus tarifas. Dició la ley de Sociedades Anónimas. Fundó la oficina de Estadística. Inició la construcción del ferrocarril Santiago Valparaíso. En cinco años de trabajo enderezó las finanzas del Estado, haciendo subir desde siete hasta doce millones de pesos las entradas generales. Con estos recursos llevó a cabo un plan nunca visto en construcción de caminos, puentes, escuelas y vías férreas.

Terminado su período, aceptó de mala gana optar a la reelección, y triunfó con 207 electores contra dos. Votación que nada tiene que ver con el purgatorio de obstrucciones, intrigas, infamias y motines que debían jalonar este segundo quinquenio.

Cuesta hoy creerlo, pero entre sus enemigos estuvo la flor y nata de los escritores: precisamente los llamados a **comprenderlo y respaldarlo**. Hombres como Vicuña Mackenna, **Barras Arenas**, Lillo, Santa María, Blanco-Cuadrón, Zorobabel Rodríguez y, por supuesto, Lastarria, no fueron capaces de **apreciar la obra organizadora y creadora de Montt**. ¿Qué pensar de una vanguardia intelectual que se equivoca medio a medio respecto del más grande estadista de su tiempo? Vicuña Mackenna escribiría un libro en cinco tomos contra el "déspota pigmeo". Santa María participaba en cuanta conspiración se fraguaba en Santiago, a tiempo que Blanco-Cuadrón y Rodríguez tiraban vitriolo en la prensa y en los salones.

Asqueado de este juego de mezuindades, el Presidente vivía como recluso en La Moneda. Sostenía su moral la lealtad de un puñado de amigos, y no podemos prescindir de las revelaciones de don Luis Varas Arangua (**Anales de la Universidad de Chile**), que muestran el señorío de un carácter superior en medio del constante vendaval político.

instrucción primaria, que rijo la meta de una escuela de niños y otra de niñas por cada dos mil habitantes, y una escuela superior de hombres y otra de mujeres en cada cabecera de departamento. Inició la publicación del Anuario Estadístico. Perfeccionó la administración de justicia creando dieciséis nuevos juzgados. Construyó la Penitenciaría y dotó a las cárceles de talleres para la enseñanza de oficios. Inició la construcción del ferrocarril de Santiago a Talca. Fundó cuarenta bibliotecas populares. Promulgó la nueva Ley de Elecciones, creando el Registro Electoral Permanente y concediendo derecho a voto a obreros y peones. Durante su decenio Chile pasó a ocupar el primer lugar en el mundo como productor de cobre. Abasteció de trigo y harina a California y Australia. En diez años las entradas generales de la nación se duplicaron. Se redujo la deuda externa. La marina mercante casi dobló su tonelaje. Se duplicó también el número de escuelas y estuvo cerca de triplicarse el de alumnos. Las provincias de Valdivia y Llanquihue transfirieron su economía con la colonización alemana...

¿Cuánto más grande y diversa no habría sido esta obra gigantesca si todos la hubiesen apoyado en lugar de obstruirla? ¿Si Montt no hubiese tenido que gastar una parte de su tiempo y de sus recursos en esquivar golpes, en discutir con los senadores y en reparar los daños de las luchas armadas?

Pero ninguna consideración contaba para los opositores, que sólo parecían ver los errores del Gobierno y la inflexibilidad del carácter del Presidente. ¡Sólo lo negativo!... Si la historia de Chile se escribiera exclusivamente con documentos de las oposiciones, se tendría la impresión de que han



Don Manuel Montt Torres, Presidente de Chile (1851-1861), según dibujo de N. Desmandry.

el precio de cobre y se habían cerrado los mercados harnero de California y Australia. Y comenzó de nuevo la fronda mortal. Ahora el ateo-pechoño se echó encima al Arzobispo Rafael Valerín Valdivieso, que no le perdonaba los colonos protestantes ni el sistema laico del Instituto Nacional; politizó al clero y lo lanzó a engrosar la oposición liberal-conservadora de los pulpitos. Maniobra cuyo fruto directo, por reacción psicológica, iba a ser el nacimiento del partido radical: el enemigo más idóneo que Su Ilustrísima pudo crearle a la Iglesia.

Son conocidos los esfuerzos del Presidente por contener la marea opositora sin salirse de la Constitución. Esta pugna culminó cuando el Senado se negó a aprobar el presupuesto nacional mientras no hubiese un Ministerio de su confianza. El gobernante acorralado alcanzó a redactar su renuncia, pero luego aceptó el sacrificio de admitir en el gabinete a liberales y pelucones ultramontanos a cambio de la aprobación del Presupuesto.

No pudo prever que ésta sería una de las chispas de la segunda guerra civil de su decenio. Un comité de extremistas emitió proclamas convocando a una Asamblea Constituyente para elegir Parlamento y Presidente de la República... El Gobierno contestó declarando el estado de sitio y deportando a los sediciosos Vicuña Mackenna, Custodio Gallo y dos de los Matta. Estallaron sublevaciones en Talca y San Felipe. Fue asaltada la Intendencia de Valparaíso. En Copiapó, el futuro radical Pedro León Galló enarboló bandera de rebelión, comprometiendo en la empresa su fortuna y la de su madre, y organizó una hueste de mil doscientos mineros armados. No tenía programa definido, aparte de botar a Montt, y el comité revolucionario de Santiago prefería que no saliera de su provincia. En la batalla campal de Los Loros su pequeño ejército derrotó a las tropas gobiernistas; el coronel Silva Chávez. Quince días después, en la batalla de Cerro Grande, el ya arruinado Gallo fue batido por las fuerzas del general Juan Vidaurre Leal. Se siguieron todavía montoneras y combates en el Sur, y a los pocos meses Vidaurre Leal caía asesinado a balazos por un conjurado fanático.

Así terminó el gobierno de Montt: entre el odio insensato y la sangre, tal como empezara.

El continuador de Portales y precursor de Balmaceda tuvo la suerte de salvar indemne. Volvió a la vida privada —que debió parecerle un paraíso de serenidad— y para subsistir reabrió con alegría su modesta oficina de abogado.

No hubiera vuelto a la política por nada de este mundo, aunque vivió bastante para ver cómo iban creciendo la gratitud y la admiración de sus conciudadanos.

Su fin constituyó un duelo nacional y su despedida fue una llamada apoteosis. Se iba en medio de la vorágine de la guerra del Pacífico, decidida a favor de Chile por la **Esmeralda** que él mandó construir. Pasó entre muchedumbres consternadas, entre avenidas de banderas y bajo una llorizna de flores.

Entonces hablaron y escribieron algunos de los que le habían envenenado la existencia. Manuel Blanco Cuadrón y Zorobabel Rodríguez reconocieron la elevación de su genio y la grandeza de su obra. Y Vicuña Mackenna presintió la futura estatua en esta frase de tardía justicia: "Parecía la encarnación de la ley sentada en su pedestal de incommovible granito".

Había ocurrido lo mismo después de 1837 y volvería a suceder después de 1891.

Cuestión de idiosincrasia, o de eterna inmadurez política. ¡Muera Montt vivo!... ¡Viva Montt muerto!